

II

PARAISOS ESCONDIDOS

El Boquerón de Dalías es un remedo de desfiladero, que se abre entre la falda de Sierra de Gádor y Loma Alta y da paso al camino que sube de El Ejido a Dalías y va a Berja, es el más antiguo de los caminos, que cruzan la Alpujarra Oriental. Durante milenios se deslizó por el fondo del barranco; ahora lo han tallado por la ladera de Loma Alta. Al salir del Boquerón cara a Poniente, se adelanta a recibirnos la vega de Alcaudique, siguen los parrales y en las laderas los almendros, entre los cerros del Plomo y Montibel aparecen las primeras casas de Berja, cierra el horizonte Sierra Nevada, separada del cielo por una franja de nieve. Junto al camino antiguas sendas de ganado, la Viña de Villegas (el cementerio), las arboledas y la fuente de Alcaudique, su caserío, sus parrales, sus cortijos.

Entre Ciavieja, solar de la Murgis ibérica, y la Albufera de Adra aún nos podemos hacer la ilusión de caminar sobre la vieja calzada romana, frente a la Albufera nos desviamos a la derecha por un camino de herradura abandonado, trepamos a los cerros, que separan la hoya virgítana de la costa, caminamos por una pista entre aljibes y restos arqueológicos romanos y árabes, descansamos en la cabeza de Cuesta Empedrada, contemplando la Vergi romana y árabe y la Sierra de Gádor, que se muestra en toda su gloria y esplendor.

Si subimos desde Adra, dejamos junto al río la vega y el caserío de La Alquería de Adra o Adra la Virja, seguimos por la barranca del Río Chico o subimos por los cerros de la derecha, vamos dejando atrás los

caseríos de Los Gaillardos, Los Vázquez, Los López, La Ventilla. Por la ancha y escalonada vega baja impetuosa la cascada verde de los parrales, que doran en otoño los racimos de uva, crisperos los sarmientos el invierno, vuelve a darles vida la primavera, para que luzcan en verano su lujuriente verdor. En el centro de la inmensa hoya, varada en este mar verde como un viejo navío de piedra, una sierra baja, que los hispanomusulmanes llamaban Canaba y ahora llaman del Plomo, la Vergi inmemorial, imperturbable, hoy desoladas ruinas de Villa Vieja. Por ella han pasado neolíticos, «almerienses», iberos, fenicios, romanos, árabes, hispanomusulmanes, que construyeron aquí sus castros, sus ciudades, sus alcazabas. Retranqueado a Levante se recuesta, socarraón, Benejí, cabecera de la Berja de los Banu Hasan, prototipo de las tabas alpujarreñas.

Si nos acercamos por el antiguo camino de Ugígar, pasado el vallejo de Peñarrodada, desde el aljibe del Cuarto contemplaremos los parrales, sobre los que alzan su escenografía los tejados de las casas de las barriadas de Pago y Julbina y dominándolos las altas torres del templo parroquial, desde cuyo cuerpo de campanas nos podemos recrear en la geografía urbana de la ciudad.

Desde los dos mil metros del Segundo, cumbre altanera de la Sierra de Gádor, se descubre la Hoya de Berja en todo su esplendoroso colorido, ocre en cerros y sierrecillas, verde claro en los almendrales que trepan por las faldas, verde intenso en los parrales que cubren llanos y hondonadas, rojos y blancos en los caseríos.

Las cumbres del Segundo y sus alrededores se alcanzan desde Berja por la novísimo carretera minera de Castaña y desde el Andarax por los caminos forestales que suben desde El Fondón. En la cumbre se dilatan los horizontes. Al mediodía, en la infinita lejanía, sobre el reflejo metálico del mar, batido furiosamente por el sol, si no sigue cobijado por las nieblas y alguna lluvia servicial ha limpiado el cristal transparente del ambiente, aparece la silueta del enfrente africano. Entre aquella costa y la nuestra el Mediterráneo, que aquí se llama Mar de Alborán, Már Ibérico y Már del Estrecho, es un ancho río inmenso, un brazo de mar.

A nuestra derecha, desde el Mulhacén se despeña en cascada sobre la costa toda la révuelta orográfica de la Alpujarra sin que la pueda parar la sierra de Lújar, a nuestra izquierda se esconde Dafías en unos repliegues de la Sierra de Gádor, tras unas serrezuelas asoma más allá su Campo, hoy Ejido famoso, envuelto en los tules de los invernaderos, más allá de Punta Entina se redondea la bahía de Almería y cierra el horizonte el brazo vigoroso del Cabo de Gata, la punta más avanzada del Sudeste peninsular.

Delante, llenando el primer plano, ocre, blanco y verde, la hoya virgitana, nacia la que resbala Sierra de Gádor en tremendos tajos, luego en pendientes suaves, hasta que los pequeños caseríos de Chirán, Castala, Pisnela e Ilar le recogen y extienden las faldas con gracia. Desde las alturas de Sierra de Gádor se pueden estudiar en esquema los caminos, que vienen de Ugíjar. El más cercano, cubierto por la carretera actual, baja del barranco de las Yeguas, cruza el llano del Cid, soslaya a la derecha el valle de Peñarrodada y entra en Berja cifiendo un montecillo con antigua fundición de plomo en ruinas. Otro camino, ya desusado, bajaba desde los llanos de Lucainena por la cañada de Romero al llano del Cid, seguía por el camino que por las lomas fronteras de los Gutiérrez venía de Benínar, seguía a Berja, en el aljibe del Cuarto abrevaban las caballerías mediante el pago de un cuarto, de ahí el nombre, cruzaba el viejo barrio de Julbina y por la carretera llegaba a la Plaza Vieja, ahora de la Constitución, primitivo zoco central de la taba, cruce de los caminos de Dalias a la Alta Alpujarra y de Adra al valle del Andarax, presidido por la mezquita de Alcadín, núcleo que polarizaba los barrios virgitanos.

En Chirán, Castala, Cerrillos y Pisnela manantiales generosos manan plata líquida, que fertiliza las hondonadas, que les agradecen el don revisitiéndose de parras, olivos y almendros. La hoya virgitana es un regalo de Sierra de Gádor, de la que recibe la tierra que la rellena y el agua que la fecunda. La alfombra de los parrales cubre las hondonadas, se cife a los cerros, lomas y serrezuelas, que las cierra, entran por recovecos y cañadas y solamente dejan a los almendros las tierras a las que difícilmente llega el agua. Más arriba la tierra es pura desnudez geológica.

Desde Sierra de Gádor hasta Río Grande, donde comienzan a empiñarse, para tapar la mar y cobijar a Adra las sierras de Murtas y Salobra, el Cerro Gordo de Sierra Alhamilla, por toda la hoya virgitana se entreveran en rizados farataes las manchas blancas de los caseríos y las franjas verdes de los parrales. La Alquería y Salobra, Marbeila, Xorof, Jebecín, Jebean y Mohalex, a los que han sucedido Los López, Los Vázquez y Los Gallardos, Benínar, Negite, San Roque y La Rayhana, Pago, Rigualte, Benejí, Jarela y Santa Muña, Peñarrodada, Julbina, Zoco, Mohaja y Alcaudique, El Cid, Capileira, Cerrillos, Sotomán, Chirán, Castala, Pisnela e Ilar. Toda una teoría de lugares, barrios y alquerías, que atomizan la comarca y le dan su peculiar aspecto, ofreciéndola como cifra y compendio de las tabas alpujarreñas, que no son una artificial creación de los hispanomusulmanes, pues los invasores árabes y beréberes se limitaron a arabizar los nombres de los lugares existentes y sólo crearon aquellos poblados que creyeron necesario, como Benejí y Zoco, sino que desde el Neolítico responden a las exigencias del terreno y de la vida, un poblado en

cada loma, junto a cada manantial, sobre cada moya de tierra cultivable, en cada soleado rincón.

El Río Grande baja del puerto de la Ragua, sobre Bayárcal, recoge las aguas de las ramblas de Laroles, Valor, Mecina, Jorairázar, Murtas y Turón, se abre paso por tajos imponentes entre Lucainena y Darrical, se remansa en el pantano de Beninar, comienza de nuevo con las aguas de Marbella, frente a la Alquería de Adra recibe al Río Chico y llega a la mar, antes muy cerca de Adra, antigua Abdera fenicia, ahora desviado hacia Levante. El Río Chico recoge las aguas de todas las ramblas de Berja y las entrega al Río Grande en el lugar que llaman la Fabriquilla y los moriscos conocían por el Molino de Noahila.

Desde los altos de la sierra de Turón y de Sierra Alharnilla hasta la mar, en una estrecha franja de terreno en declive se recoge el término de Adra, acrecido desde el 1574 con parte del de Salobra. En la misma raya de la mar Adra la Nueva, la villa murada que determinaron hacer los Reyes Católicos para defensa de la costa y construyeron su hija doña Juana y su nieto el emperador Carlos. Entonces fortaleza, hoy ciudad industrial, agrícola y pescadora. Frente a la junta de los ríos Grande y Chico, con las espaldas amparadas en un alcor, que la hurta al espionaje desde la mar, la musulmana Adra la Vieja, hoy poblado agrícola de La Alquería. El río es la única entrada y camino al interior. Desde su fundación Adra ha sido el puerto, la factoría y la fortaleza de la Baja Alpujarra almeriense.

A Levante de la hoya de Berja otra parecida, pero más pequeña, Dalias, la taha alpujarreña de Dalias con sus siete barrios, los más altos, el Celín ibérico y el Hizán musulmán, metidos en las barrancas de Sierra de Gádor, aquel barriada populosa, éste ruinas memorables, con sus baños de la Reina Mora y su pequeño pantano para que no les faltara el agua; en el centro de la hoya las barriadas de Odba, Almecet y Ambroz, éste es el único que prevalece y se ha apropiado del nombre de la taha, Dalias; abajo, en el campo los caseríos del Marge y Almobara, que en el repartimiento y población de 1574 quedaron como El Ejido de Dalias, que ahora es el dueño de la riqueza agrícola de la Baja Alpujarra almeriense, la huerta de Europa.

Más a Levante, fuera de la Alpujarra administrativa pero dentro de la geográfica madre Sierra de Gádor, la taha de Almexixer o Remepipar o Félix, que con estos tres nombres la llamaban, con los viejos pueblos mozárabes de Enix, Felix y Vicar y las actuales poblaciones prósperas de La Mojonera, Aguadulce y Roquetas, nuevas con raíces viejas.

Las tierras altas de Berja y Dalias siguen cubiertas con los parrales dicionómicos, las tierras bajas de Adra, El Ejido y Roquetas ensayan y

trabajan en nuevos cultivos. Su historia es una historia sin fieras batallas memorables ni legendarios héroes fabulosos; es una historia de colonizadores y mercaderes, agricultores y pescadores, turistas y servidores.

La curiosidad nos lleva a averiguar someramente el origen y formación de esta tierra, según los datos que nos proporcionan los geólogos que hay hasta el presente y nuestro limitado entender. El gran macizo de Sierra de Gádor es un débil resto de la imponente masa triásica, que en los albores de la Era Secundaria ligaba las tierras almerienses con las africanas. Los geólogos españoles Maestre, Amat de la Torre y Naranjo y los foráneos Ansted, Coonke y Pernolet señalan los terrenos de Sierra de Gádor como de transición. Después Maestre los refiere al Carbonífero, Prádo al Devoniano, Villkomm al Siluriano, Vernelil al Trias, Vilanova al Permeano. Botella encontró en Sierra de Gádor un trozo de calamites silicificado y algunos troncos fosilizados y nos habla de políperos y crinoides, reconocidos por Marpherson al microscopio en placas talladas en una caliza dolomítica, negra y fétida, de Dafías y llega a presumir que quizás por la investigación microscópica se podría llegar a determinar la cronología de estos terrenos. Tarín reconoce el sistema triásico en las calizas y pizarras arcillosas.

En Sierra de Gádor los fenómenos eruptivos del Triásico dejaron la huella de su potencia mecánica en las dislocaciones, desniveles, hundimientos y quebraduras, que aparecen por todas partes con tal desorden en la disposición de los materiales, que se hace difícil determinar la orientación de las capas. Vilanova observó que en ciertos parajes los montes aparecen abiertos como una granada. Los pequeños afloramientos de rocas volcánicas —dioritas, diabasas y serpentinas— que asoman en algunos lugares de la Sierra de Gádor, como en el Toril de Vicar y en el Puntal de la Zorra, contribuyeron al trastorno de los estratos e influyeron en las grandes transformaciones de estas rocas.

Las vegas de Berja y Dafías, las hoyas interiores de la Sierra, los llanos de El Ejido, los depósitos y bajos de Punta Entina, están formados por aluviones que tienen su origen en los derrámenes de Sierra de Gádor. En los viejos aluviones de Campillo Hondo labraron las corrientes un sinnúmero de barrancos que, vistos desde las alturas de Sierra de Gádor, semejan un vasto mar de olas embravecidas petrificadas, de más de cien metros de altura.

Al comenzar el Cuaternario el mar retrocede a sus límites actuales y los sedimentos pliocenos quedan en seco, forman la mayor extensión de las tierras bajas. Se inicia el enfriamiento de la tierra, que caracteriza el primer período del Cuaternario. Las nieves de las cumbres se transforman en neveros, que pasan a constituir glaciares. En las vertientes grana-

dinas de Sierra Nevada —estrechuras de Lanjarón, barranco de Poqueira, valles de Niqueles y Dúrcal— reconoció Marpheson señales evidentes de la acción glacial. Es probable que hacia los barrancos de la Alpujarra almeriense se deslizaran glaciares. Botella descubrió en el cauce del Río Grande una curiosa disposición de ciertos depósitos; las paredes del estrechísimo cañón, que llaman las estrechuras del Cójor, se hallan pulimentadas y labradas hasta una altura de seis metros por fenómenos parecidos a los que se notan en el paso de los antiguos glaciares. En las proximidades de los barrancos del Aguila y de la Maieza, a lo ancho de un kilómetro, el terreno se halla cubierto de cantos de caliza negra, como si fueran restos de una morrena. Nada prueban estos cantos a favor de la existencia de glaciares virgitanos, pero se asemejan a los fenómenos de pulimento y acarreo que a su paso dejan los glaciares.

Pertenece nuestra comarca a la España calcárea y al clima de ambiente africano. Sierra Nevada desvía las lluvias hacia la vega granadina y envía las aguas filtradas de sus neveros a las tierras de la Baja Alpujarra almeriense y enriquece los acuíferos de los campos de Adra y El Ejido, que sabiamente explotados y desulficados han cambiado el panorama que ofrecía el antiguo Campo de Dalías.

Pocos fósiles se catalogan en nuestra comarca. Se reseñan del Plioceno marino el *Pecten Dubios*, el *Pecten Jacobeus* y el *Pecten Opercularis* en los alrededores del Bañanegra y del Cuaternario el *Helix* de la Sierra de Gádor y de la Hoya de Dalías.